

HISTORIA

Medellín, 3 de Septiembre de 1919.

Sres. Eduardo Vasco y Antonio Molina Uribe.—E. L. C.

Estimados amigos:

Lleno de reconocimiento recibí la simpática Revista *Estudios de Derecho* que, con galanas frases, tuvieron la amabilidad de remitirme, y en la cual están publicados los trabajos históricos premiados en el concurso que el Consejo de la Universidad abrió con ocasión de las fiestas del centenario de la Batalla de Boyacá.

Grande fué mi interés por conocer las importantes piezas de los que habían sido mis alumnos. Justo es que el modesto jardinero, gocé de la fragancia y lozanía de las plantas que ayudó a cultivar.

Bien sé cuánto amor pusieron en estos trabajos los que se presentaron a la hermosa lid literaria, y todos deben tener la satisfacción de que si el triunfo no coronó su obra, sí lucharon con denuedo, llenaron su inteligencia de conocimientos útiles y se adestraron noblemente para las batallas del pensamiento: todo el que ejercita sus energías en la brega de la vida, vence moral o materialmente. Por esto Aurelio y Diego Mejía y cuantos escribieron acerca de "Las Consecuencias de la Batalla de Boyacá", merecen fraternales parabienes y muy sinceros plácemes, los que yo les doy tan humildes como sentidos.

La lectura de los trabajos de Fernando Gómez, Eduardo Vasco, Antonio Molina Uribe y Aurelio Mejía me han indicado muy claramente que, por lo poco que se me alcanza en estas difíciles disciplinas históricas, los autores están dotados del instinto de investigación que los hace hallar la verdad "así como los exploradores de minas y tesoros tienen el tino de descubrirlos entre los tenebrosos laberintos de las capas geológicas", y que no se limitaron a buscar simples datos de fechas y nombres, sino que, guiados por el método experimental, elucidaron cuestiones sociológicas, étnicas o políticas, compararon con acierto indiscutible épocas y hombres para sacar de ello muy oportunas deducciones y enseñanzas. Bien se nota que mis caros amigos dejaron en tierra las amarras del empirismo y volaron por una región de no desprecia-

ble altura, para poder contemplar y juzgar desde allá el desenvolvimiento de una campaña que fué el primer escalón desde donde el "divino sol caraqueño" se había de remontar a la más alta cima de la gloria humana; campaña que resiste con ventaja la comparación con las más afamadas de Alejandro en Asia, César en las Galias y Napoleón en Italia y Egipto. Fué Boyacá el instante preciso en que el Cielo selló la promesa de dar libertad a la América por medio de la flamígera espada de Simón Bolívar; por eso Dios ungió los labios del Libertador como los de Isaías con el fuego de la elocuencia arrobadora, mágica y potente, por eso templó aquella alma y la acrisoló en los dolores; por eso prendió en aquella inteligencia la luz que franquea lo por venir y anuncia lo futuro. Porque nuestro libertador, antes que militar consumado, fué mago de la palabra y de la pluma, poeta sublime y encumbrado vidente que, ora entraba en los combates cantando como los viejos bardos de la Galia, ora lanzaba una proclama fogosa y vibrante para enloquecer las multitudes que se iban tras él como la cauda de un cometa, o ya lloraba entristecido las amarguras de la Patria con el acento de los trenos del profeta que gemía sobre las ruinas de Sión.

Los trabajos históricos a que me refiero revelan en sus autores prendas de aplicación, ecuanimidad y observaciones dignas de encomio. Esos espíritus juveniles, siempre con criterio recto y tendiendo a un mismo fin, han seguido el método analítico, propio de la historia, pero valiéndose de distintos procedimientos, hasta llegar a conclusiones oportunas y correctas.

El estudio y la experiencia de la vida irán educando y mejorando el criterio y el estilo de los universitarios que hoy con tan buen éxito hacen sus primeras armas en la "ciencia de la verdad".

Mucho ha consolado mi espíritu el ver que hay en Colombia jóvenes que, apartando la vista de los malos ejemplos que dan tántas almas enfermas de pequeñez, procuren buscar limpios manantiales dónde abrevar su entendimiento y fortalecer así su voluntad con el ejemplo de los que nos dieron libertad.

Los padres de la Patria exigen de nosotros, en estos tiempos de patrióticas remembranzas, que no dejemos

perder la herencia de gloria y de dignidad que ellos nos legaron, porque sólo así será efectiva nuestra emancipación, y Colombia una nación que cumpla los altos destinos a que está llamada. Noble misión es la que corresponde a nuestros educadores; ellos deben saber que, como Colón, han de dirigir la proa de sus carabelas hacia un continente donde la virtud florece y lanza sus de tellos inefables la ciencia verdadera; de lo contrario faltarán a su conciencia y a la Patria.

Ojalá que el ejemplo de los alumnos que tomaron parte en el concurso sea imitado por muchos. No honra en nada a la raza hispana el que sean los extranjeros los que escriben su historia; estamos en la obligación de completar y mejorar la obra de Irving, Prescott y Mancini. Rico, y fecundo campo de acción se presenta. Que vengan los jóvenes a tomar en sus manos la mirífica bandera.

El mérito de la labor de ustedes sube más si se considera que entre nosotros hay una corriente en contra de las nobles disquisiciones históricas y de todo aquello que no se traduzca directa o inmediatamente en dinero. Ola de mercantilismo odioso que, al invadir las capas sociales, rebaja el ideal y posterga la dignidad nacional; es que se están olvidando las sublimes palabras del Evangelio: "no sólo de pan vive el hombre". Pueblo sin ideales es locomotora que no siente el impulso del vapor.

Esto lo atribuyo a nuestros deficientes métodos de educación que no han sido capaces, ni lo serán, de formar hombres como quería Napoleón, cuadrados, es decir, que hayan sido educados integralmente, esto es, aptos para la brega de la vida.

El criterio empírico que nos ha guiado en estos asuntos nos ha llevado a ver las cosas por una sola faz y hemos creído que, por ejemplo, suprimiendo ciertas disciplinas, que impropriamente y sólo por vergonzante ignorancia, se denominan de adorno, se formarán hombres de acción o eficientes, como dicen los americanos, y que así se acabará con el proletariado intelectual. No es de esta manera ni cerrando universidades o centralizando la enseñanza en la capital, como se obtienen los fines que se buscan: es la intensidad de los estudios y la separación científica de los bachilleratos lo que evita que a las

profesiones liberales alcancen hombres de medianas facultades, y lo que hace que la mayoría se dedique a la agricultura, a las industrias y a las artes.

Cuando Colombia tenga organizada científicamente su enseñanza primaria, secundaria y profesional, entonces se verá que los estudios clásicos sí tienen a la luz de la Didáctica y de la Psicología de la educación finalidades educadoras, y que al país pueden servir igualmente y con provecho el agricultor como el estadista, el químico como el literato; es que el progreso material y el intelectual no se excluyen sino que, como los rieles de un tren, deben ir paralelos y uniformes.

Ya que ustedes figuran con honor a la cabeza del renacimiento intelectual de Antioquia y que son hombres de talento y de virtud, conviene que se armen de todas armas para vencer ciertas preocupaciones y mirar con indiferencia los tiros que el egoísmo o la envidia les dispararán. Este les hará la guerra de inercia, la peor de todas; ése querrá ponerles el sambenito de lo ridículo; aquél no creérá que jóvenes puedan hacer algo bueno, como juzgaba cierto engreído historiador, quien buena e ingenuamente decía que los muchachos sólo podían copiar lo que los viejos habían escrito. A estas mezquindades, muy humanas, deben oponer ustedes una estoica calma y seguir el consejo de Rostand de "contentarté con flores y aun con hojas como en tu jardín las cojas y no en ajeno jardín".

Cuando la algazara del mundo llegue a los oídos de ustedes, escuchen de preferencia el ave interior que dulcifica la monotonía de este fatigado y prosaico vivir, y no teman mirar hacia el interior cuando los paisajes que ofrece la tierra no son bellos y risueños o, como Hipólito Taine, procuren vivir "fuéra del tiempo y del espacio".

La historia de Colombia está por escribir de una manera definitiva. Mucho hicieron Restrepo, Groot, Posada Gutiérrez, López, Espinosa y cuantos se han ocupado en investigar lo pasado, y muy digna de encomio es la tarea que están cumpliendo las Academias de Historia en las cuales figuran historiógrafos de la talla de Ibáñez, Monsalve, Posada, Zuleta, Ospina y Arboleda, pero importa no perder de vista que estos ilustres varo-

nes, al morir, dejarán caer de sus manos el cetro que los jóvenes de ahora han de recoger.

Rico venero de poesía y de historia es la América y muy especialmente Colombia: hay hombres y episodios sublimes; rasgos brillantes y también manchas, que harán resaltar la luz de aquéllos, así como son más intensos los toques de la luz, merced a las sombras, en los cuadros de Rembrandt.

El gallardo amigo Antonio Molina Uribe me ha honrado con la dedicación que me hizo de su precioso trabajo, y con haber asociado mi humilde nombre al suyo y al del Dr. Pérez; esto es para mí un lauro de inestimable valor que agradezco en el alma.

Reciban ustedes mis felicitaciones muy sinceras.

TOMÁS CADAVID RESTREPO

EL CLERO DE ORIENTE

Y SU PARTICIPACIÓN EN LA VIDA PÚBLICA

Trabajo para cumplir lo exigido por la Academia Nacional de Historia.

Al hablar de la intervención del Clero de Oriente en la vida pública, concretamos nuestro escrito al Clero de Marinilla y de las poblaciones que se desmembraron de esta Parroquia. Sólo trataremos de esta intervención en los últimos años de la Colonia y en los tiempos de la República hasta 1863. Cuando hablamos de la intervención del Clero en la política, lo entendemos de "la política elevada, no vedada al Clero, de influir por todos los medios lícitos y legales para que los puestos públicos sean desempeñados por hombres religiosos, honrados y patriotas", pero no de esa "otra política, como decía el Ilmo. Sr. Arzobispo Arbeláez, de círculos, de banderías, de fraudes y de intrigas, en la cual domina el interés y los fines particulares, sin tener en cuenta los más triviales principios de moral ni siquiera de decoro", la cual está prohibida a todo hombre.

En cuanto a la Colonia todos saben que los clérigos intervenían en los asuntos civiles hasta poder ser Virreyes, como lo fueron algunos.

El programa de la intervención importante y eficaz está trazado en la actuación del Dr. Jorge Ramón de Posada, segundo Cura de Marinilla, desde 1787 hasta 1835.